

*MIEDO*

El ruido lejano del pasillo no fue suficiente para lograr sacarme de mis pensamientos.

Ver el deslumbrante reflejo de la luz en el metal del filo de mis tijeras, manchadas de esa plastilina roja que acababa de usar, me transportó a un lugar que no pude reconocer.

De pronto, todo oscureció. Sólo pude escuchar el sonido del viento, escucharlo solamente, no sentirlo. Eso me provocó una sensación aterradora. Era evidente que el viento golpeaba fuerte. Las ramas y hojas de los árboles cercanos lo hacían aún más obvio.

Entonces ¿por qué no sentía nada?

La oscuridad y el ruido alteraban mis latidos; volteaba para todos lados y no veía nada, ni a nadie hasta que...

Un trueno muy fuerte iluminó temporalmente el lugar y después de verlo pasar, y aun con la poca estela de luz que dejó a su paso, logré vislumbrar dónde estaba:

El patio de la escuela. Rodeado de los tres edificios: el de profesores, en cuyo segundo piso se encontraba la sala de arte en la que estaba mi yo real. El edificio principal a mi lado izquierdo y detrás de mí el pequeño edificio que solo tenía un salón al fondo del pequeño plantel. El Colegio de Bachilleres número 20: Matías Romero. Justo al centro la característica y única jardinera con un pequeño arbolito en el centro y en los improvisados bancos de concreto estaba recostada ella: Elizabeth.

Al verla recostada ahí, mi sobresalto me hizo retroceder, pero en mi curiosidad por saber qué pasaba me acerqué después, lentamente.

Mis pasos eran lentos, tanto que, antes de que lograra llegar a dónde juraría que la había visto, todo oscureció de nuevo. Todo mi cuerpo estaba temblando, mis latidos eran tan fuertes y pesados que sentía cómo empujaban todo mi cuerpo hacia adelante.

De pronto otro trueno volvió a iluminar el lugar y al voltear a ver la jardinera, ella seguía ahí. Avancé asustado, esperando lo peor. Y cuando al fin la tuve cerca y la pude ver bien me llevé una horrible sorpresa: Estaba toda manchada de sangre, parecía que había sido apuñalada repetidas veces por todo su cuerpo y su sangre ya había dejado un enorme charco en el suelo. Cuando volteé a ver mis pies, estaban todos dentro del pequeño charquito que se había formado.

Me incliné a ver si aún tenía pulso, si podía hacer algo. Pero ya era muy tarde. Lo raro fue que, al inclinarme, cuidando no agacharme tanto para no manchar mi pantalón con su sangre, y recargué mi mano derecha sobre el concreto de la jardinera, justo a un lado de donde ella estaba recostada y observé mi mano, las ví:

Eran mis tijeras, esas mismas que usaba en clase hasta hacía unos minutos, pero... estaban totalmente manchadas de sangre, de... su sangre.

No... no entendía lo que estaba pasando. ¿Yo, yo había hecho eso?, ¿Cómo?, ¿Por qué? Todo daba vueltas en mi cabeza mientras los truenos seguían cayendo. Estaba tan alterado que podría jurar que cada trueno sonaba más y más fuerte que el anterior hasta que, cuándo uno de esos sonó tan cerca que parecía que provenía

justo detrás de mí, volteé asustado solo para darme cuenta de que no fue así. Pero al regresar la vista al frente y ver bien a Elizabeth, ella ya no estaba recostada sobre la barda de concreto de la jardinera.

Asustado, temblando y casi llorando volteé de un lado para otro. La oscuridad, intermitente por los truenos, no ayudaba mucho.

El hecho de que ya no estuviera en ese lugar, sobre todo después de comprobar que ya no estaba «viva». Me puso en estado de alerta.

La oscuridad se apoderó del lugar nuevamente, mientras mis latidos no hacían más que aumentar de velocidad e intensidad. Y eso que no sentí al principio, el viento rozando mi piel, lo sentí ahora sí, congelando mi piel. Y no solo el viento, juraba que podía sentir que había alguien cerca de mí, pero la oscuridad no me ayudaba en nada a poder discernir quién o qué estaba cerca.

Cayó un nuevo trueno y esta vez sí fue cerca de mí. Volteé en pánico y lo que ví me derrumbó: Ahí estaba ella, Elizabeth, justo frente a la luz que produjo el trueno. Su semblante casi de zombie me congeló. Jamás creí que la llegaría a ver así, no a ella. Esa linda, tierna y atolondrada chica que había robado mi corazón.

Cayó un trueno más y ella se acercó. Mis pies no me obedecían, por más que les gritaba que se movieran, parecía que ella me hubiera clavado al piso justo en ese lugar. De hecho, al voltear a ver mis pies, no estaban clavados, estaban engrapados y sangraban horriblemente. ¿Cómo había pasado eso? Me horroricé, lágrimas comenzaban a rondar por mis mejillas cuando la oscuridad se volvió a apoderar del lugar.

Cayó otro rayo más y Elizabeth o lo que sea que fuera ese ser, se acercó aun más. Mis pies seguían sin moverse y en un intento desesperado de salvar mi vida, jalé mis piernas para tratar de arrancar esas extrañas grapas que parecían estar hechas de carne y huesos humanos. ¿Eran de ella/eso? ¿Había sido tan retorcida cómo para arrancarse partes de su cuerpo solo para contenerme ahí?

No lo sabía, pero jalé con todas mis fuerzas mis dos piernas. No cedían y gracias al aire podía sentir que ella se acercaba más y más.

Otro trueno cayó y ella desapareció. No podía más ya con mi corazón.

Jalaba y jalaba mis piernas para tratar de huir, pero no funcionó.

Un último trueno cayó y Eli no apareció. O eso creí, pues antes de que se terminara de diluir la potente luz que generaba ese trueno entre la total oscuridad, apareció ella frente a mí, cómo un zombie a punto de atacar. No supe qué hacer. No podía ver, no sabía por dónde me iba a atacar, me iba a desplomar hasta que, cayó otro trueno y...

Desperté, en mi salón de artes. Con las tijeras manchadas de plastilina roja y varias lagrimas cayendo en mis manos.

No podía creer todo lo que había soñado.

Pasé al lavabo del salón de arte a quitarle la plastilina a mis tijeras, las sequé y guardé en mi mochila. La levanté, me la llevé al hombro y salí del salón.

Todo eso que había soñado no dejaba de darme vueltas en la cabeza:

Yo ¿había matado a Eli? Y luego ¿Ella regresó como una especie de zombie, sólo para vengarse? ¿Por qué había soñado todo eso?

De por sí, el hecho de soñar despierto ya era un tema. Pero el punto real era: ¿Por qué ese sueño? ¿Por qué así? Y sobre todo ¿Por qué con ella?

Todas esas preguntas daban vueltas en mi mente mientras me dirigía a mi siguiente salón. Las clases de matemáticas nunca fueron fáciles para mí, y ahora que tenía ese conflicto en la cabeza, menos me pude concentrar.

Esa clase pasó volando mientras yo seguía dándole vueltas al asunto.

Caminaba casi en automático por los pasillos cuándo la escuché, esa voz, la voz de la chica de mi pesadilla que bastante animada y sin ningún tipo de control en su voz me gritó:

—¡BooOoOb! —me gritó muy cerca del oído, mientras sonreía muy alegre.

Yo no contesté, no pude ni verla a la cara. Seguía asustado por todo lo que había soñado y no me sentía bien conmigo mismo como para verla a la cara. Pero ella evidentemente se dio cuenta de que no le contesté ni tampoco la volteé a ver. Es más, seguí caminando. Pero ella no se rindió y un poco más seria me soltó:

—¿Estás bien? Te ves pálido.

No contesté. Otra vez no pude dirigirle la palabra. Mi remordimiento y sobre todo mi miedo no me lo permitieron.

Sabía que ella no iba a dejar de insistir, así que comencé a correr para alejarme de ella. Y cómo era de esperar iba detrás de mí diciendo cosas como:

—Oye ¿a dónde vas?, ¿Por qué huyes de mí?, ¿Te hice algo malo?, si es así, perdóname. —Eli siempre fue muy insistente con las cosas que quería. Y esa palabra: «*quería*» tristemente no me incluía a mí.

Ya me le había declarado. Sí, fue algo vergonzoso. Pero lo más incómodo del asunto es que ella, a pesar de haberme rechazado, quiso seguir siendo mi «*Amiga*». Ya saben, para meter bien el dedo en la herida. Y cómo pueden ver, era una chica muy insistente.

Así que seguí corriendo, me metí justo al único lugar al que sabía que ella no podría entrar: el baño de hombres. Ese que está en la pared del edificio del lado derecho que en conjunto con las escaleras del edificio del lado izquierdo creaban el estrecho pasillo que había que atravesar para llegar al patio, donde se tomaban las clases de educación física.

En el baño, un poco más tranquilo de que sabía que ella no me seguiría. Me acerqué al espejo y al verme en él me di cuenta de que lo que decía Eli era cierto: Estaba totalmente pálido.

Dejé que pasaran los minutos.

Dos minutos.

Después cinco minutos.

Diez minutos.

En ese tiempo me mojé la cara, tratando de quitarme lo pálido. No estaba seguro de que hubiera funcionado o si era por el tiempo que pude estar tranquilo en el baño, pero mi semblante regresó poco a poco.

Veinte minutos.

Ya no escuché la dulce, pero preocupada, voz de Eli, así que salí lenta y temerosamente del baño, volteando de un lado para otro, tratando de encontrarla con la mirada para poderla evitar.

No la ví, así que salí tranquilamente y me encaminé a mi siguiente salón, pero...

—Oye, ¿Ya estás bien? —Escuché detrás de mí, y no sé por qué, pero simplemente corrí, corrí hasta que salí del plantel y... por el resto de ese día, ya no volví.